

La autoridad moral

Llegamos a un proceso electoral, unas europeas que prometen una participación que rondará el 40% del electorado, donde deberíamos escuchar cuáles son las propuestas que cada uno de los partidos políticos ha ido incorporando a su programa para pedirnos el voto. Y son muchas las cosas que se configuran en torno a este hecho, como para caer en la cuenta de todas...

¿Qué calidad democrática tiene una representatividad tan baja de quienes salgan elegidos? ¿Qué importancia se le da desde el partido en el Gobierno de España cuando su líder habla de “municipalizar la campaña”? ¿acaso piensa “europeizar las elecciones municipales” de 2015? ¿Qué función pedagógica asumen unos candidatos que no les importa confundir el papel de Ministro –y, por tanto, representante de toda la ciudadanía- con el papel de Candidato –y, por tanto, estar de parte?

¿Qué nuevas ideas y propuestas puede aspirar la ciudadanía a debatir cuando lo que nos llena las páginas es basura del estilo de un banquero que –dolido en su honor por haber sido mandado a la trena en dos ocasiones por quedarse con el dinero de compatriotas, también suyos- ha descubierto que después del Tartar y el Carpaccio, la tercera carne que más le gusta es la que le lleva a pecar contra el sexto mandamiento de la Santa Iglesia Católica? ¿Es realmente eso lo que nos preocupa a la ciudadanía?

A mi, lo que más me apasiona de estas fechas es ver cómo esos candidatos “se nos vienen arriba” cuando se espetan aquello del “quién nos va a dar lecciones morales a nosotros cuando ya ellos...”. Es ahí donde se descubre el valor de ese “y tú, más”. Nuestros líderes practican la humana condición de humillar al adversario por sus incoherencias, como si el acusador estuviese hecho de otra pasta. Curiosa deducción (ilógica) que hará finalmente el elector: “como todos tienen defectos, voy a votar al mío”; ¡como si el voto fuese propiedad de alguien a quien se le deba obediencia! Tampoco aquí son claros los políticos, pues realmente lo que nos quieren decir es que “tu inmoralidad es mi coartada”.

Con lo fácil que sería que cada persona tuviese dos cosas: una, memoria, para votar en coherencia; dos, estar vivos el día que haya que votar. Con ese criterio, usado diligentemente por la ciudadanía, en ocho años se podría regenerar la política desde la práctica ciudadana. Digo “ocho”, porque nos podrían engañar una o dos veces, pero a la tercera, no.

Fecha: 29/04/14

Enrique de Amo
Profesor Titular de Análisis Matemático de la UAL